

Asia y en Europa. No dejó otro rastro de aquella doctrina, ahogada en su cuna, mas que el de asociaciones secretas tales como el de los *asesinos* ó ismaelitas, especie de franc-masonería sanguinaria que embriagaba á sus fanáticos para ponerles el puñal en la mano, á quien su fundador Hassan-Sabbah, no habia dado trescientos años ántes mas que un precepto destructor de toda sociedad y de toda moral, resumido en estas dos palabras árabes: *atreverse á todo, y hacerlo todo.*

## X XI

Apénas Mahomet 1º, cuyo reinado tiene tanta analogia con el de Luis XIV, arrancando de niño su autoridad á las facciones de la Fronda, acababa de triunfar de una faccion fanática, cuando otra dinástica se levantó en las montañas del Epiro para disputarle el trono. Los misterios de la Máscara de Hierro bajo Luis XIV, no son mas tenebrosos que los del pretendiente verdadero ó falso que parecia que salia del sepulcro para reclamar el cetro que empuñaba Mahomet.

Ya se ha visto en la narracion del reinado de Bajazet I que uno de los hijos del sultan, Mustafá, habia desaparecido en la batalla de Angora, sea confundido bajo los montones de cadáveres, sea esclavo de algun tártaro diestro en ocultar su presa, sea fugitivo y desconocido entre los pastores del monte Taurus. Desde esta desaparicion, habian trascurrido veinte años; Soliman, Muza, Isa, Mahomet, se habian disputado y arrancado alternativamente el trono sin que este hermano, desvanecido ó muerto hubiese venido á reclamar su derecho ó su parte en la herencia. La guerra social que acababa de conmover todos los ánimos y todas las facciones, despertó sin duda, ó en un verdadero hermano del sultan que volvia á aparecer, ó en un ambicioso hábilmente suscitado por otros ambiciosos, la idea de apoderarse del trono, accesible á toda esperanza y aun á toda quimera par tantos sultanes como lo alcanzaban ó perdian.

De repente circuló por todo el imperio la noticia de que el heredero verdadero de Bajazet, el valiente y desgraciado Mustafá, habia salido milagrosamente de su larga oscuridad, habia sido reconocido por los antiguos servidores de su padre, y principalmente por el famoso Djuneyd, en otro tiempo príncipe de Esmirna, ahora gobernador de Nicópolis y de las orillas del Danubio, y que este pretendiente legitimo



revindicaba el imperio contra un feroz usurpador de sus derechos. El espíritu intrigante y agitador de Djuneyd, tantas veces traidor á los sultanes, que lo habian perdonado, como para dejarle la esperanza de vènder todavia á otros bienhechores, hacia sospechoso el testimonio de Djuneyd. Pero otros hombres de edad propecta y otros bajás familiarizados con la corte de Bajazet I confirmaban esta asercion y reconocian formalmente en Mustafá al hijo desheredado de su antiguo señor. Los hijos de Timurtasch y de Evrenos, generales y visires de Bajazet, atestiguaban igualmente que Mustafá, con quien habian sido educados en la corte de Ilderim, era el compañero de su infancia y el émulo de sus proezas en la batalla de Angora. Los príncipes griegos de Constantinopla, que habian visto á Bajazet y á sus cinco hijos en Bizancio y en Brusa durante las frecuentes negociaciones entre los Paleólogo y los Ilderim; no abrigaban duda alguna acerca de la identidad del principe otomano que apelaba á su recuerdo; en fin, Myrtsché, príncipe de los valacos, comprometido á favor de esta causa por su vecino Djuneyd, recibia á Mustafá en sus Estados, y levantaba de concierto con Djuneyd un ejército de confederados para restablecer al sultan legítimo en Andrinópolis.

Mustafá y sus testigos contaban que dejado entre

los muertos en el campo de batalla durante la noche que siguió al dia de la batalla de Angora, habia sido recogido por una horda de tártaros que andaban despojando á los cadáveres; que habiéndole quitado sus armas y su traje de príncipe, confundido en una desnudez completa con otros heridos, prisioneros como él, estos tártaros no habian sabido al llegar cual era el cautivo príncipe ó soldado; que luego lo separaron de sus compañeros de cautiverio y lo enviaron á la retaguardia del ejército de Timur con un sin número de esclavos; que habia sido vendido y revendido de una fienda á otra, y empleado en guardar camellos; que no entendiendo su lengua la tribu á que pertenecia, no habia comprendido esta los signos y reclamaciones que hacia para que lo reconocieran por hijo del sultan; que lo habian llevado á la vuelta de Timur á Samarcanda, hasta el fondo de la Tartaria; que habia languidecido en la esclavitud por espacio de muchos años, sin esperanza de volver á ver su patria; que por último habia sido comprado por un mercader de Bokhara y conducido á Bagdad; que allí algunos persas que hablaban su idioma lo habian oido y llevado á Constantinopla, donde los Paleólogos habian comprobado su nacimiento; que desde allí habia sido enviado á Djuneyd, á Evrenos, á Timurtasch, como á los hombres del



imperio que eran mas propios para verificar y apoyar su causa; y que estos fieles servidores de su padre, así como tambien Myrtsché, y los príncipes de Servia, de Bulgaria y del Epiro, convencidos de la evidencia de sus títulos, no habian podido vacilar en proclamar en él al verdadero heredero de Ilderim, al legítimo emperador de los otomanos.

Esta fábula ó esta verdad, y todo parece indicar que no era fábula, habia reunido en pocos meses al rededor de Mustafá y de sus protectores Djuneyd y Myrtsché, un ejército de otomanos convencidos, y los restos de las bandas dispersas de Bedreddin y del sultan Dedé, á que las guerras civiles mal extinguidas dejan siempre á merced de nuevas facciones. Este ejército, engruesado en Bulgaria, en Epiro, en Grecia, bajaba en número de cuarenta mil hombres al golfo de Salónica, para hacer de Salónica la capital provisional del nuevo sultan, extenderse desde allí por la Tracia, aliarse con los Paleólogos, fletar sus barcos de transporte para pasar al Asia, y sublevar los dos continentes contra Mahomet, encerrado en Brusa.

La energía y la rapidez de Mahomet I defraudaron este cálculo de Djuneyd, convertido en visir de Mustafá. Sea que Mahomet reconociese ó no á su hermano en el pretendiente, salido tan milagrosamente del

sepulcro para tormento suyo, no vaciló en decir á sus pueblos que aquel hombre era un falso emperador suscitado, merced á cierta semejanza de figura, por la perfidia infatigable de Djuneyd. Sesenta mil hombres del ejército que su hijo Murad habia aguerrido peleando contra los revoltosos de Esmirna y del Balkan pasaron con él de Brusa á Galipoli, y dispersaron como un puñado de polvo el ejército de Djuneyd y de Mustafá en la llanura de Salónica. El pretendiente y su visir Djuneyd no dieron pruebas en presencia de Mahomet del valor que habian ostentado en su juventud, el uno en Angora, el otro en Esmirna. Previendo su suplicio en su derrota, uno y otro se mantenian fuera de tiro durante la batalla, montados en caballos ágiles, mas preparados á huir y evitar la muerte que á conquistar la corona con la victoria.

A la primera señal de derrota en sus tropas, galoparon hácia las puertas de Salónica, en donde Demetrio Lascaris gobernaba por el emperador de Bizancio y les dió asilo. Mahomet I reclamó en vano del emperador griego estos dos enemigos. « Los huéspedes son sagrados, respondió Demetrio; yo no deshonraré al emperador mi señor entregándooslos. » Despues de una larga negociacion, Mahomet obtuvo de Paleólogo que Mustafá y Djuneyd, encerrados en



el convento de la Virgen María sobre la peña de la isla de Lemnos, fuesen guardados allí como cautivos hasta su muerte bajo la vigilancia de los emperadores griegos, que recibieron por esta servicio un tributo anual del sultan.

## XXII

Kasim-sultan, último hijo de Bajazet I, dejado en rehenes, como ya se ha referido, al emperador de Constantinopla, por Soliman, en el momento en que huía de Angora á Europa, era, con su hermana Fatima los únicos hijos que sobrevivían de la numerosa familia de Ilderim. Kasim no había sido sometido á la atroz sentencia, convertida en ley del imperio bajo Bajazet I, que condenaba á muerte á todos los hermanos del sultan, para afianzar la seguridad del imperio. Mahomet Tchelebi se había opuesto al cumplimiento de esta legislación bárbara á su advenimiento al trono. No obstante, el divan de Brusa había decretado que Kasim sería privado de la vista. Mahomet suavizó todo lo que puede serlo tal desgracia, proporcionando á su hermano en el palacio de

Brusa todos los goces de la vida. Su hermana Fatima, casada con un emir de Bithinia, vivía igualmente en palacio, obsequiada y querida de Mahomet. Su corazón generoso se consolaba con el trato habitual de estos hermanos de los infortunios de la familia de Othman, diezmada por tantos desastres y tantas disensiones. Todos sus pensamientos se dirigieron hácia la paz, la justicia y la cicatrización de las heridas del imperio. La concordia mas íntima reinaba entre su corte y la de Bizancio, á la que no usurpó, como se lo había jurado á Manuel, ni un pueblo, ni un esquiife de la Propóntide.

Los dos emperadores se convidaban mutuamente á sus fiestas, en las costas de Asia y de Europa. Mahomet entró solo en Constantinopla con absoluta confianza, apesar de los temores que querían inspirarle sus visires.

Una galera magníficamente decorada, con dos tronos bajo un mismo dosel, paseó lentamente á los dos emperadores por el Bósforo á la vista y con el aplauso de los dos pueblos, reconciliados por su sabiduría. Pasando Manuel á su vez el estrecho, fué á descansar á las tiendas imperiales, levantadas por Mahomet en la playa de Asia. El viejo y el jóven emperador, encerrados en la misma tienda, conferenciaron mucho tiempo acerca de los medios que pu-



dieran asegurar la felicidad pasajera de sus súbditos, manteniendo los límites existentes entre las dos razas. Las costumbres tendían á confundirse como los corazones. El culto mismo era respetado sin mezclarse. La lealtad de Mahomet conquistaba el aprecio de los cristianos; la tolerancia de Manuel le valía la amistad de los otomanos. Para abreviar el viaje de Mahomet á Andrinópolis, Manuel le dió escolta, honores y paso por sus estados.

## XXIII

Mahomet I fué atacado de una disentería en el camino de Andrinópolis, y sintió que iba á perder el imperio y la vida. Disimuló algunos días la pérdida de sus fuerzas para impedir las intrigas de las facciones que podían renacer si su hijo no se hallaba presente á la hora de su muerte; pero al tercer día después del de su entrada en Andrinópolis, un vahido lo precipitó de su caballo al dirigirse á la mezquita. Vuelto en sí, recomendó á su visir Ibrahim y á Bayezid-Bajá su general, que ocultase su muerte hasta que su hijo Murad, que estaba en Amasia,

llegase, con el objeto de que no hubiese intervalo entre un soberano del imperio y otro. Tranquilo y descansando en la fidelidad de Ibrahim, hijo del célebre visir Ali, y en la de Bayezid, tutor de su sepulcro como lo había sido de su cuna, Mahomet hizo circular en Andrinópolis la noticia de su próximo restablecimiento y se apagó insensiblemente orando y conversando con sus amigos, sus sabios y sus poetas, que le presagiaban la inmortalidad.

## XXIV

Su último suspiro no causó ningún rumor ni ningún cambio en los hábitos de palacio. El gran visir Ibrahim y el generalísimo Bayezid se pusieron de acuerdo con los eunucos para ocultar el interregno al pueblo y al ejército. Cuidadosos de preparar á Murad un ejército concentrado en la capital para intimidar á todos los pretendientes ó á todas las facciones, promulgan en nombre de Mahomet I, muerto ya, una orden imperial que convocaba á Andrinópolis todas las tropas diseminadas por Europa, para



marchar desde allí con el sultan al Asia, en donde suponían agitaciones que motivaban esta reunion y esta campaña. Las tropas obedecieron sin sospechar la verdad. Solo los genizaros, inquietos porque no veían ir á su señor el viérnes á la mezquita, segun su costumbre, murmuraron, pronunciaron la palabra de rebelion y se negaron á prepararse para la expedicion si no veían ántes con sus propios ojos al sultan. Esta sediciosa exigencia podia confundir toda la sabiduría del plan de Ibrahim y de Bayezid. El médico del palacio Kurt-Uzun, cómplice de su misterio, embalsamó el cadáver, compuso las facciones, coloró sus mejillas, cubrió su cabeza, echó sobre sus hombros el manto imperial, y sentando á Mahomet detrás de una ventana cerrada del Kiosko, bajo el pretexto de que el aire libre podia perjudicar su convalecencia, ocultó bajo los pliegues del manto á dos eunucos, que harían mover en caso de necesidad los brazos del emperador. Los genizaros, desfilando en los jardines por delante de aquel cadáver disfrazado con los colores y los atavíos de la vida, saludaron con aclamaciones de alegría la imágen de su señor. Toda sospecha se desvaneció en la ciudad, y las órdenes de Ibrahim se ejecutaron en toda la Turquía de Europa. Este subterfugio de Mahomet y de sus ministros tuvo engañada á Andrinópolis durante cuarenta

y un dias, y permitió á una sombra gobernar el imperio.

En este tiempo, Elvan Beg, primer copero de Mahomet I<sup>o</sup> y confidente de Ibrahim y Bayezid, enviado por ellos como correo á Amasia, revelaba el misterio al jóven Murad. Escapándose este sigilosamente de su palacio de Amasia, atravesaba á caballo toda la península del Asia Menor con Elvan Beg, y entrando inopinadamente en Brusa, se apoderaba del mando mientras llegaba el gran visir, Bayezid y el ejército de Europa que volvía con el falso pretexto de reprimir los alborotos del Asia.

## XXV

Tal fué la muerte de Mahomet I<sup>o</sup> en la mitad escasa de su carrera. Pero la habia comenzado tan jóven que á la historia le puede parecer larga y completa. Los otomanos, en su lenguaje bíblico, lo han proclamado el Noé de su raza, que salvó su imperio náufrago del diluvio de sangre de las guerras civiles. Jóven, no puede echársele en cara mas que una am-



bición que fué probablemente la de sus tutores Ibrahim y Bayezid-Bajá mas bien que la suya. En su prolongada lucha contra hermanos viciosos y facciones subversivas, se portó como un héroe. Después de la victoria y de la pacificación solo puede censurarse en él el mas generoso de los excesos; el exceso de la clemencia, que alentó á veces la traición, no cansándose de perdonar á los traidores. Pero todo hombre que gobierna después de muchas proscripciones civiles, llámase César, Enrique IV ó Mahomet I<sup>o</sup>, debe perdonar mucho si no quiere castigar demasiado y perpetuar el resentimiento con los suplicios. La tranquilidad que disfrutó después el imperio justificó la clemencia de Mahomet, que juzgaban con severidad sus acusadores. Él hizo amar el imperio que sus antecesores habian hecho temer; no pensó en conquistar sino en pacificar, que es la conquista de los verdaderos hombres de Estado.

## XXVI

Mereció tener grandes ministros por su constancia en sostenerlos, y amigos sinceros por su fidelidad á

la amistad. Como Luis XIV fué dado á las construcciones, posteridad en relieve que los hombres de gloria se complacen en dejar en la tierra para perpetuar su nombre. Consagró á su Dios y á su pueblo y no á su propio orgullo los monumentos que edificó en sus dos capitales.

Atestigua su opulencia, su gusto y el ingenio de sus arquitectos, la gran mezquita de Andrinópolis, con sus doscientos piés de longitud en cada fachada, nueve medias naranjas fabricadas sobre columnas aéreas, suspendidas como otros tantos cielos sobre la cabeza de los creyentes, y dos alminares, semejantes á obeliscos transparentes que flanquean como dos centinelas sus puertas, entre el recogimiento del santuario y el ruido del mundo. La mezquita de Brusa, comenzada por su abuelo, continuada por su padre, acabada por él, en el centro de la cual las fuentes murmuraderas del monte Olimpo vierten sus aguas, en un tazon de mármol, para refrescar á los fieles, como si fueran una bendición de las del Criador de los elementos, trasmite también á los siglos el recuerdo de su piedad. La cátedra, en que leen los imanes el Coran al pueblo, esculpida exteriormente por el cincel árabe, se parece á un canastillo de flores, de frutos, de conchas, cuyos bordes se derraman, como si rebosasen, todos los dones de la natu-  
24.



raleza vegetal. Una columna de agua que brota espumosa y extendida en la galería superior del edificio hace centellear á través de su polvo líquido un perpetuo arco iris al resplandor de los rayos del sol.

Mahomet I<sup>o</sup> empleó una suma de cincuenta mil ducados de oro, tres años de trabajo de sus escultores, en la construcción de otra mezquita en Brusa, llamada la *Mezquita verde y salutífera*. Esta mezquita sin peristilo, sostenida como una cuba de mosaico sobre una base de mármol blanco, está revestida por secciones con todos los mármoles de color que suministraron las minas del Asia y del Archipiélago. La puerta de mármol sanguíneo tiene esculpidas en relieve máximas del Coran, formando cada letra una flor arabesca. El cimborio de porcelana trasparente de Persia deja penetrar la luz del cielo á través de su bóveda azul, como en el palacio de Timur en Samarcanda. «Las cúpulas y alminares,» dice el erudito historiador Hammer, que da vida á todas las tradiciones locales de las ciudades que ha habitado él tanto tiempo, «estaban cubiertas, muy recientemente aun, de porcelana verde de Ispahan que lucian al sol como si fueran esmeraldas, por lo que el pueblo llamó esta maravilla del arte otomano *Mezquita verde*.» Allí escogió Mahomet sitio para su sepulcro entre una

casa de oración, una casa de escuela y una casa de distribución perpetua de alimentos á los pobres.

## XXVII

Su reinado, aunque presa de revueltas civiles y agitado por tantas guerras, dejó rastros literarios en los anales del espíritu humano. Los turcos, rivales ya de los persas, de los árabes, de los egipcios, parecía que habian contraído desde aquella época en su comercio con los griegos instruidos y refinados de Bizancio una emulación de poesía, de ciencia, de teología, de jurisprudencia, de medicina y de historia que constituye el lujo del ocio de los pueblos que cesan de conquistar para civilizar.

El mas justamente célebre de los otomanos ilustres de la corte de Mahomet I<sup>o</sup>, fué Bayezid-Bajá, su salvador, su general, su visir, y sobre todo su amigo. Jamás olvidó Mahomet que Bayezid-Bajá lo habia retirado del campo de batalla de Angora, y que disfrazado de dervis mendicante en las montañas del Tokat, lo habia trasportado en hombros cuando los piés



ensangrentados del mozo no le permitian huir de la persecucion de los ginetes de Timur.

El sultan se deleitaba oyendo á los poetas épicos ó elegíacos de su tiempo que le recitaban sus composiciones poéticas. Su médico Scheiki era al mismo tiempo su poeta favorito. El caramanio Djemali, autor de un poema intitulado el *Sol* y la *Alegría*, le enseñaba á leer y á apreciar todas las producciones intelectuales que se escribian en turco, persa, árabe y griego, lenguas que poseia y que enriquecian rápidamente el dialecto primitivo y pobre de los turcos. La fama de su aficion á las letras y de su munificencia con los que las cultivaban, atraia y retenia en Brusa á los literatos mas eminentes de todo el Oriente. En vez de devastar, como sus predecesores, las tierras, las ciudades, y los tesoros de Bizancio, importaba á su imperio las artes de la paz que florecian allí, y no los despojaba más que de su genio.

El breve reinado de Mahomet I°, el Generoso, fué un alto de los otomanos en Asia y en Europa, durante el cual, dejó contraer á su pueblo el orden, la disciplina, el amor á la agricultura, el sentimiento civil, el respeto de los límites, la santidad de los tratados, los principios de la navegacion, los hábitos comerciales, el respeto á la superioridad intelectual, la tolerancia de cultos, la comunicacion frecuente y cor-

dial con los cristianos, los tratados con las potencias europeas, y en fin, todos los beneficios de la paz, tan necesarios á los turcos para restañar la sangre de las heridas que habian abierto diez años de disensiones civiles, y para aumentar su poblacion, diezmada por tres reinados consecutivos de guerra. Algunos emperadores hicieron mas por la gloria de los otomanos, ninguno por la salud y la consolidacion del imperio, y como último bien hecho por Mahomet á su pueblo, le dejaba en su hijo Murad un sabio y un grande hombre en un adolescente.

## XXVIII

Mahomet I°, muriendo con religiosa serenidad, parecia que habia entrevisto el lustre que iba á dar su hijo á la raza de Othman. En el momento en que Ibrahim y Bayezid expedian un correo á Murad para anunciarle la enfermedad de su padre, el sultan mandó traer la carta y escribió con su mano moribunda estos dos versos persas debajo de su firma :



« Nuestra noche se acerca, pero amanecerá un día  
« más brillante.

« La flor pasajera de nuestra vida se marchita, pero  
« reverdecerá con nueva vida. »

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO



